LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VII — BARCELONA 9 DE ENERO DE 1888 — NÚM. 315

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EN LA CUENTA FALTA ALGO... copia del cuadro pintado por Bruck Lajos

(c) Ministerio de Cultura 2006

SUMARIO

TEXTO. – *Nuestros grabados.* – *Una viña romana*, por Luis de Llanos. – *Marino Falieri*, novela histórica, por Cecilio Navarro. – *Los terneros de dos cabezas* (dos monstruos dobles autositarios), por Enrique Gadeau de Kerville.

GRABADOS. – *En la cuenta falta algo...* copia del cuadro pintado por Bruck Lajos. – *Retrato de Rembrant*, agua-fuerte por el mismo célebre pintor. – *Entre amigos*, cuadro de Jericke. – *Bodas de oro* (siglo XV), cuadro de S. Sánchez Barbudo. – *La adoración de los Magos*, cuadro de J. Schrader. – *La juventud de nuestros abuelos*, cuadros de Osvaldo Pelunk y E. Blume, de Munich. – *Suplemento Artístico:* Bosquejos de las orillas del Congo.

NUESTROS GRABADOS

EN LA CUENTA FALTA ALGO...
copia del cuadro pintado por Bruck Lajos

Este lienzo es un verdadero modelo de expresión. Cualquiera que sea la forma revestida por una obra de arte, de ella puede decirse que es acertada cuando no necesita explicación para dar idea de su asunto ú objeto. Pues esto, precisamente, ocurre en nuestro cuadro. Es indudable que esa muchacha ha verificado alguna compra por encargo de su abuela; es indudable, asimismo, que la cuenta de caja no resulta todo lo exacta que requiere la lealtad del encargado de gastos; y es muy posible, ya que no sea igualmente indudable, que la conciencia de la rapaza la acusa de alguna pequeña *irregularidad* realizada en provecho del confitero.

Que esto representa el lienzo, es visto; que lo representa de una manera fiel y neta, tampoco admite duda. La cabeza de esa anciana y la de esa niña son verdaderos estudios que honran la inteligencia y penetración del autor. Son dos figuras de las cuales cabe decir con toda propiedad: *Están que hablan.*

RETRATO DE REMBRANT
agua-fuerte por el mismo célebre pintor

Pablo Rembrant es uno de los más célebres maestros de la escuela holandesa, con la particularidad de que, como grabador, es uno de los más insignes artistas que se conocen. Sus aguas-fuertes quizás no tengan rival hasta el presente. Nació en Leyde (1606) y murió en Amsterdam (1674).

Quizás no resplandezcan sus obras por la corrección de su dibujo; pero en cambio son notabilísimas por su color, hasta el punto de que haya sido comparado con los más insignes profesores de la escuela italiana. Y sin embargo, ninguno de éstos, ni tampoco los holandeses, se distinguen, como Rembrant, por la gran cantidad de *material* aplicado á la tela, hasta tal punto que se le haya echado en cara el exceso de *pasta* empleado en sus obras. Esta circunstancia, hija de la factura especial de nuestro artista, impide apreciar sus bellezas cuando la obra es contemplada muy de cerca. Rembrant decía, contestando este cargo: – Yo soy pintor, y no tintorero.

Estaba tan convencido de que su manera de ejecutar necesitaba condiciones especiales de contemplación, que siempre se opuso á que sus cuadros fuesen examinados á boca de jarro, como se dice.

– Los cuadros, – decía, – son hechos para vistos, no para olidos. El olor del aceite es mal sano.

Algo de esto pensaba Velázquez. El principal mérito de un pintor es apreciar anticipadamente los efectos que en la *visión precisa* han de obrar la distancia, altura, luz y demás circunstancias concurrentes en el emplazamiento definitivo de un cuadro.

ENTRE AMIGOS, cuadro de Jericke

El autor de este cuadro puede alabarse de haber sabido poetizar un asunto vulgarísimo. La perra ha parido varios cachorros, y tres hermosos niños contemplan estupefactos la prole canina. Hasta aquí, repetimos, nada más vulgar que este asunto.

Pero atengámonos al resultado obtenido por el artista y casi nos dan tentaciones de decir que en la actitud, en la expresión de esa perra, son de ver nobles destellos de maternidad. Al mismo tiempo, la natural curiosidad de esos niños parece templada por cierto respeto que les inspira la misma debilidad de los cachorros. Nadie puede dudar de que esa perra está segura de las pacíficas intenciones de sus visitas; no tan sólo no las teme, sino que parece agradecerlas.

La composición es agradable; irreprochable la naturalidad: la figura del muchacho, especialmente, *vale más oro que pesa.*

BODAS DE ORO (siglo XV), cuadro de S. Sánchez Barbudo

Cincuenta años de matrimonio no los alcanzan, ciertamente, todos los casados. El matrimonio que es, ó debiera ser, en su esencia, la unión de dos cuerpos en un cuerpo, de dos almas en un alma, resulta en la práctica un duelo á muerte entre los contrayentes. Luchar durante medio siglo sin que resulte golpe alguno mortal, supone ó gran igualdad de fuerzas entre los tiradores ó que la protección de Dios ha preservado bondadosamente una de esas existencias. No es de extrañar, por lo tanto, que aquellos pocos marido y mujer que han prolongado su unión durante cincuenta años, hayan querido en todos tiempos celebrar ese acontecimiento con doble fiesta, es decir, con fiesta civil y religiosa, fiesta de familia y fiesta de acción de gracias al Todopoderoso que tal beneficio les ha dispensado.

El cuadro que publicamos da una perfecta idea de las *Bodas de oro* de un magnate italiano, bajo el punto de vista religioso. Se trata, sin duda, de un príncipe; pero sea príncipe ó vasallo quien conmemore tal acontecimiento, es indudable que con mucha dificultad pueden reverdecer con mayor motivo las flores y las oraciones de la familia.

LA ADORACIÓN DE LOS MAGOS
cuadro de J. Schrader

Este asunto ha inspirado á los más célebres pintores; y es que difícilmente puede encontrarse otro que comparársele pueda en los efectos á que se presta. A un lado la familia humilde, cuya joven madre ha debido acogerse á las ruinas de un establo para dar á luz al hijo de sus entrañas; y al otro lado tres magnates, tres príncipes de Oriente, con sus venerables semblantes, con sus riquísimas vestiduras, resplandecientes de ciencia y majestad; rindiendo pleito homenaje á un niño á quien el calor de dos irracionales ha mitigado el frío del cual sus padres no pueden resguardarle. El todo envuelto en tinieblas, disipadas apenas por el fulgor de estrella misteriosa y la aureola divina que irradia en torno del Hijo de María.

Como asunto, nada más sublime; pero ¡cuántas dificultades para su debida interpretación!... Porque ese hijo es nada menos que Dios hecho hombre; porque esa mujer ama como una madre y siente como una virgen; porque ese anciano es y no es el padre del augusto recién nacido; porque esos magos, esos *hombres sabios*, como los titula el autor del cuadro, representan el poder político de un mundo desconocido, prosternado á los pies de un tierno infante que viene á fundar otro mundo, ó sea otra sociedad, completamente distinta de la sociedad antigua... ¡Misterio de misterios, sobre el cual se asienta la nueva humanidad, y en cuya representación el artista ha de luchar precisamente con lo real como forma y lo divino como esencia!...

Dadas tan supremas dificultades, cuya solución casi no pertenece al arte, hemos de confesar que Schrader se ha aproximado mucho á lo real y á lo ideal del asunto que trata.

LA JUVENTUD DE NUESTROS ABUELOS
cuadros de Osvaldo Pelunk y E. Blume, de Munich

Los ancianos han sido jóvenes. Esto no pasa de ser una perogrullada; y con serlo, no falta quien se resista á creerlo. Cuando un viejo habla de su juventud, causa entre los jóvenes que le escuchan el efecto de un embaucador ó cuando menos de un soñador que nunca ha podido ser miembro del mundo brillante. Lo cual prueba que nuestros hijos se resisten, cual nos resistimos nosotros en su día, á la idea de que su tez fresca y rosada han de surcarla las arrugas; de que su talle esbelto y arrogante ha de inclinarse sobre la madre tierra, como si ésta fuera un avaro que reclama un préstamo; de que sus trajes á la última moda hayan de convertirse en pingajo de máscara ú ostentarse, á lo sumo, en un museo de antigüedades.

Y sin embargo, nada más inevitable: las figuras respetables y severas de nuestros octogenarios fueron un día las de esos jóvenes hermosos que representan los cuadros que publicamos, y sus trajes, que hoy nos parecen soberanamente ridículos, parecieron en su tiempo el *non plus* de la elegancia y lo inmejorable del buen gusto.

¿A quién hay que dar la razón en esa diversidad de opiniones? A todos y á ninguno. Los artistas que han pintado esos cuadros han resuelto el problema hasta donde su resolución es posible: sus lienzos nos demuestran que en todos tiempos y bajo todas las vestimentas, donde hay juventud, hermosura y un sentimiento á expresar, hay un asunto propio del arte y un medio para dar pruebas ostensibles del valer de un artista. Para el arte, el pasado y el presente convergen en un punto común al tiempo, cuyo punto se llama *lo bello.*

SUPLEMENTO ARTISTICO

BOSQUEJOS DE LAS ORILLAS DEL CONGO

UNA VIÑA ROMANA

A LUIS MARIANO DE LARRA

Roma, 2 de junio de 1887

¿Te acuerdas de aquella tarde divina que te llevé á *mi viña*, según decíais vosotros? Te había pintado sus bellezas con tan vivísimos colores... y sin embargo bien ví que *mi viña* te sorprendió.

¿Te acuerdas, cuando tú y los amigos llenabais, sin pudor, vuestros bolsillos de fragmentos de antigüedades venerables, que no se lo pensarían al verse así cambiar de dueño, expeditivamente, por *mor* de que «lo que hay en España es de los españoles,» ¡y estabais en Italia! ¿Te ries todavía de la cara que los tres pusisteis cuando yo os dije que aquel tipo de labriego empolvado y mugriento, que filosóficamente presenciaba el despojo, era el propio cosechero, el mismísimo dueño de la finca y todos sus enseres curiosos?

Creo que sí; pero de cierto, mejor te acuerdas aún de la expresión mezcla de malicia, guasa y grandeza con que os contestó, al cantar vosotros la palinodia, vaciando bolsillos y pidiéndole precio por los chismes... Os dijo: – Eso no es nada. Eso no vale nada, caballeros. – ¡Y vosotros que os creísteis tener que regatear *á fondo*, como en cualquier almacén elegante del Corso ó de la Chiaja!...

¡La verdad... os apabulló!

Pues bien, para que aquel apabullo no te duela, voy á contarte quién era aquel pobre campesino. Cuando lo sepas, el placer de haber conocido personalmente á semejante tipo, será superior á toda consideración.

En recuerdo de aquella tarde y de tantos días de sol que juntos vivimos entre estas ruinas, te dedico estos apuntes.

El que da lo que tiene, hace todo lo que puede.

Tuyo,

LUIS DE LLANOS

AL SOL

Eramos dos, – mi buen compañero Enrique y yo, – y errábamos á la ventura husmeando motivos pictóricos.

Fumando y filosofando, después de almorzar en la terracita de mi casa, al ver cruzar, á buen paso, por las alturas del cenit, blancos copos de nubes transparentes, camino de la Sabina, como un solo hombre exclamamos entusiasmados: – Al campo, al campo; hoy tenemos celaje; la puesta del Sol será magnífica; vamos á trabajar.

En un tres por dos quedaron nuestras paletas que daba gloria verlas, esmaltadas de brillantes colores. Una cordillera de blanco ocupaba el centro y á derecha y á izquierda, en confusos grupos, se extendía toda la *gamma* de puntos luminosos, como una guirnalda de flores, pasando suavemente de claros á oscuros, de amarillos pálidos al oro, al naranjado, á los rojos, á las lacas, á las púrpuras; de los tonos medios y simpáticos de las tierras á los verdes tiernos de la lechuga, á los verdes fríos, á los metálicos, á los azules, á los negros, á las oscuras sombras.

Aquellas paletas pintaban solas y un práctico al verlas ya sabía el tipo de nota que de allí podía salir.

Un coche nos dejó en los alrededores de las Termas de Caracalla y por aquellos caminitos formados de tapias bajas de huertas y jardines, coronadas de rica vegetación de hiedras, hierbas y amapolas, – rojas, temblorosas, divinas, – destacadas sobre los intensos verdes del laurel y la adelfa que superaban el muro, y que las majestuosas copas de los pinos de abanico y las encinas dominaban, caminábamos Enrique y yo lentamente.

Ambos buscábamos un pretexto para pintar aquel cielo divino que, rápidamente, cambiaba de forma y de color; para reproducir aquella atmósfera tibia de avanzada primavera, impregnada de efluvios de vida, rebosando robustez, hermosa como una potente virgen romana, sonriente como una página de Aristófanes.

A cada instante nos parábamos absortos frente á un roto del muro de la tapia que dejaba entrever, tras una enredadera de rosas te, un cacho de campo verde, un grupo de árboles, un ciprés arrimado al muro de una ruina...

Era precioso de color, admirable... pero *no componía.* Adelante.

En la esquina de una calleja un grupo de muchachos jugaba al sol, al lado de varios hombres y mujeres sesteando bajo los verdes pámpanos de un sombrajo. ¡Qué efecto de luz! ¡Qué riqueza de tonos!

Aquel niño, casi desnudo, con las guedejas amarillentas como el lino, tembloroso sobre sus piernecitas blandas; sujetando con manos de muñeca al enorme perrazo, que gruñe al vernos llegar... ¡noble animal! – con instinto de madre cariñosa, – que figura ceder á la fuerza de un pobre ser más débil que un suspiro... ¡qué encanto!... pero tampoco servía.

Queríamos pintar la luz, el cielo; no queríamos se nos escapase un celaje raro en los azules diáfanos tiempos que corren.

Diez veces nos decidimos y otras tantas cambiamos de parecer. Unas faltaba el primer término... otras la línea no era simpática. – Si halláramos agua, – exclamó Enrique, ¡qué efectazo resultaría con esta luz! – y como sedientos, en busca del agua por aquellos caminos empolvados y silenciosos seguimos sin rumbo fijo, á la casualidad, mientras el sol comenzaba á picar de lo lindo y las correas de los bártulos á incrustársenos en los hombros. No, no sabéis los que no sois pintores, los que no habéis caminado leguas y leguas con la caja al hombro, como cazador infortunado, la mezcla extraña de entusiasmo y desesperación que se siente en estos días sublimes de grandes espectáculos de la naturaleza, cuando el ambiente es tan rico de colores y perfumes y tan profundamente poético que el más mínimo detalle resulta un prodigio, y sin embargo, no bastante á justificar un cuadro. Y como el tiempo vuela, y la luz se va y los efectos aquellos pueden no volver á presentarse nunca, buscamos, buscamos ansiosos el asunto real, el pretexto que nos ayude á sorprender entero aquel sitio, aquella hora, que reuna en una sola resultante artística todas las emociones que el alma siente, de que separadamente gozan los sentidos, que embriagan y que sólo en raros momentos de inspiración el genio alcanza á reproducir.

Cuando el sol baja y traspone la línea del horizonte, las masas se presentan determinadas, se concretan las líneas, desaparecen los detalles y el asunto aparece, con mucha frecuencia acaso donde menos se espera; el gran encanto del color de estas horas y del amanecer impresionan, además, tan fuertemente, que en esos cortos momentos de crepúsculo la obra es relativamente fácil y el resultado de suyo conmovedor.

Mas cuando la hora, como en la tarde que describo, es de luz vivísima; cuando el resultado total es la suma de infinitos detalles y finezas; cuando es nota perceptible la tela de araña que brilla al sol, la mariposa que vuela, el vapor que exhala la tierra, pronto se comprende que el tiempo material faltará mucho antes de haber fijado en la tela una ínfima parte de aquellos divinos efectos. Y entonces dan ganas de arrojar la paleta, romper los pinceles y de llorar como un chiquillo antojado de un cuarto de la luna.

Mucha pena es la pena de perder fuertes sumas á la Bolsa ó á la ruleta, – que viene á ser lo mismo, – sobre todo si lo que se pierde es el pan de cada día, el reposo, ó la libertad; pero en ningún caso duele más el alma, ni amarga más la conciencia que al reconocerse uno impotente para producir una obra de arte que siente vivir... latir dentro de las propias entrañas, como un hijo querido.

. . . . . .

¡Y aun hay ciegos que se duelen de la falta de un ideal moderno!

Ahí lo tenéis. Es eso. Es la naturaleza.

¿Dónde hallar otro más grande, más bello, más puro que la naturaleza misma, siempre joven, libro inmenso, único infalible, fuente inagotable de poesía que inspiró á los griegos, que hizo grandes á todos sus amantes, que dió vida y calor al mundo, siempre que el mundo le pidió consejo?

II

LA VIÑA

En la hoja de una vetusta puerta cubierta de enmohecidos clavos, de esas suntuosísimas creadas por el renacimiento romano, había un portillo abierto, todo lo más, de un metro de altura. Cuando nuestras curiosas miradas penetraron por él, una idéntica exclamación salió de nuestros labios:

– *¡Eureka! ¡Eureka!*

Había parecido el ansiado motivo... es más, los motivos, porque allí dentro había muchos, bellísimos y de todos los géneros.

Entramos.

Estábamos en una viña.

De ambos lados de la calle central, guiada por cañas, á las que el sol arrancaba tonos claros finísimos, retoñaban los pámpanos de la vid, se enroscaban formando caprichosos muros de follaje, aquí y allí interrumpidos por grupos de adelfas, por el intenso aterciopelado oscuro del ciprés, por los chinescos, improbables ramajes del albaricoque y del albérchigo, apenas reverdecidos.

(c) Ministerio de Cultura 2006

En el fondo se alzaba carcomido muro de antigua ruina, todo revestido de parietarias, de rosas multicolores, que, con arte infinito, allí habían colgado sus festones y que destacaban por claro sobre los tonos rojizos y calientes del cemento imperial.

Era un pórtico. Las ruinas de un trozo del inmenso pórtico de las termas de Caracalla; y cada uno de los vanos de los arcos era un cuadro interesante, rico de luz y de color, rebosando originalidad y frescura.

El que frente á nosotros estaba, mal cerrado con fragmentos de viejas vidrieras, tablas rotas y palos, era una especie de museo. De un lado y de otro, hacinados en artística confusión, había sarcófagos romanos, fragmentos de arquitectura, arquitrabes, ánforas, estatuas sin cabeza, cabezas sin narices, manos sin dedos. Por las paredes colgaban platos etruscos, haces de hierbas medicinales, telas incoloras, harapos y bellezas.

El fondo se perdía en las tinieblas, pero tinieblas calentadas por los reflejos rojizos del sol sobre aquel abigarrado conjunto y allá en el fondo se divisaban así como grandes tinajas que se perdían en la oscuridad.

Otro vano, cuyo arco ocultaban casi por completo las hiedras, descendía en vez de estar al nivel del suelo. Se veía una escalera rápida bajar, tortuosa, hacia las profundidades de la tierra. A la entrada, en un sarcófago de terra cotta procedente de las catacumbas, puesto de costado, había en correcta formación hasta una docena de calaveras... acaso de mártires, acaso de bandidos.

Allí la humedad reverdecía el muro cubriéndole de larvosidades de precioso color, donde crecían esas hierbas finísimas que aquí llaman melena de Venus.

Parecía la boca del Infierno del lado de las nieves eternas.

Y más acá y más allá cada vano era un cuadro distinto; ya un museo, ya un establo; contrastando violentamente en todos las tinieblas de los fondos, con las flores al sol, los tonos tostados de lo vetusto con los verdes tiernos de la primavera.

Las hierbecillas naciendo entre los fragmentos del pasado... las rosas trepadoras echando sus ramas sobre las frentes y los hombros de vestales medio destrozadas, coronando Bacos, aun sonrientes, después de tantos siglos de vivir en las entrañas de la tierra menospreciados y escarnecidos!

Un sentimiento de profunda melancolía y de piedad invadió mi alma al ver aquellos restos hermosos de otros tiempos; mezclado lo bizantino con lo griego y lo romano... el principio y el fin de la vida de un mundo... acaso

RETRATO DE REMBRANT, agua-fuerte del mismo célebre pintor

el más grande, de cierto el más suntuoso, yacía en polvo á mis pies. Junto al cadáver del dios clásico el arma que le mató; la pobre lamparita de barro con el *Pax Christi;* la lápida, escrita, al parecer, por la temblorosa mano de un niño, allá en las catacumbas, sobre la que se veía malamente rayada una palma de martirio, se apoyaba sobre fragmentos de ricos mármoles de Oriente; aquellos que revistieron esas termas inmensas, esos palacios de poderosos de la tierra, de los señores del mundo, que habían de acabar á manos de la idea que guiaba el tembloroso hierro que desdibujó la palma...

¡Cuánta grandeza por el suelo! ¿Qué queda ya de estas dos grandes ideas que sucesivamente dominaron el mundo? ¡Qué fué de la omnipotencia romana! ¡Qué de las santas doctrinas que misteriosamente crecieron debajo de este suelo que piso!

¡Oh Roma! tú sola eres grande... tú sola revelas más con los fragmentos que encierra esta pobre viña, que los montes de fríos volúmenes que atestan las bibliotecas!

III

EL SALTARELLO

Los enérgicos compases del saltarello romano, arrancados violentamente de un acordeón por rudas manos campesinas, y la pandereta zurrada en son de tambor en carga á la bayoneta, vinieron á distraerme de mis meditaciones y á revelarme otro cuadro que á mi derecha tenía y que un fragmento, colosal, de ruina me ocultaba.

Una de las naves, la mayor de la arcada, se hallaba convertida en *Spaccio di vino con cucina* – el «*seda* de comer» en nuestra tierra.

En largas y estrechas mesas, rodeadas de bancos, sobre los ex-blancos manteles se veían platos y fuentes, ensaladeras, vasos, *fiascos* y botellas de cristal blanco aun medio llenas de vinillo rojo, transparente como refresco y claro amarillito como limas.

La luz del sol entrando á chorros por los arcos y al través del sombrajo de la parra, manchaba caprichosamente de vivísimos claros el grupo de *ciociaros* y *ciociaras*, vestidos de tonos brillantes, blancos, rosas, azules, naranjados, que en original grupo rodeaban las mesas, unos sentados, otros por tierra, quién cómodamente arrellanado sobre los manteles mismos, quién en postura de brindis escocés, mientras á pocos pasos en pleno sol un zagal y una zagala bailaban, como poseídos, el enérgico y agitado saltarello.

Y era de ver la prisa que la pareja se daba en su ruda faena...

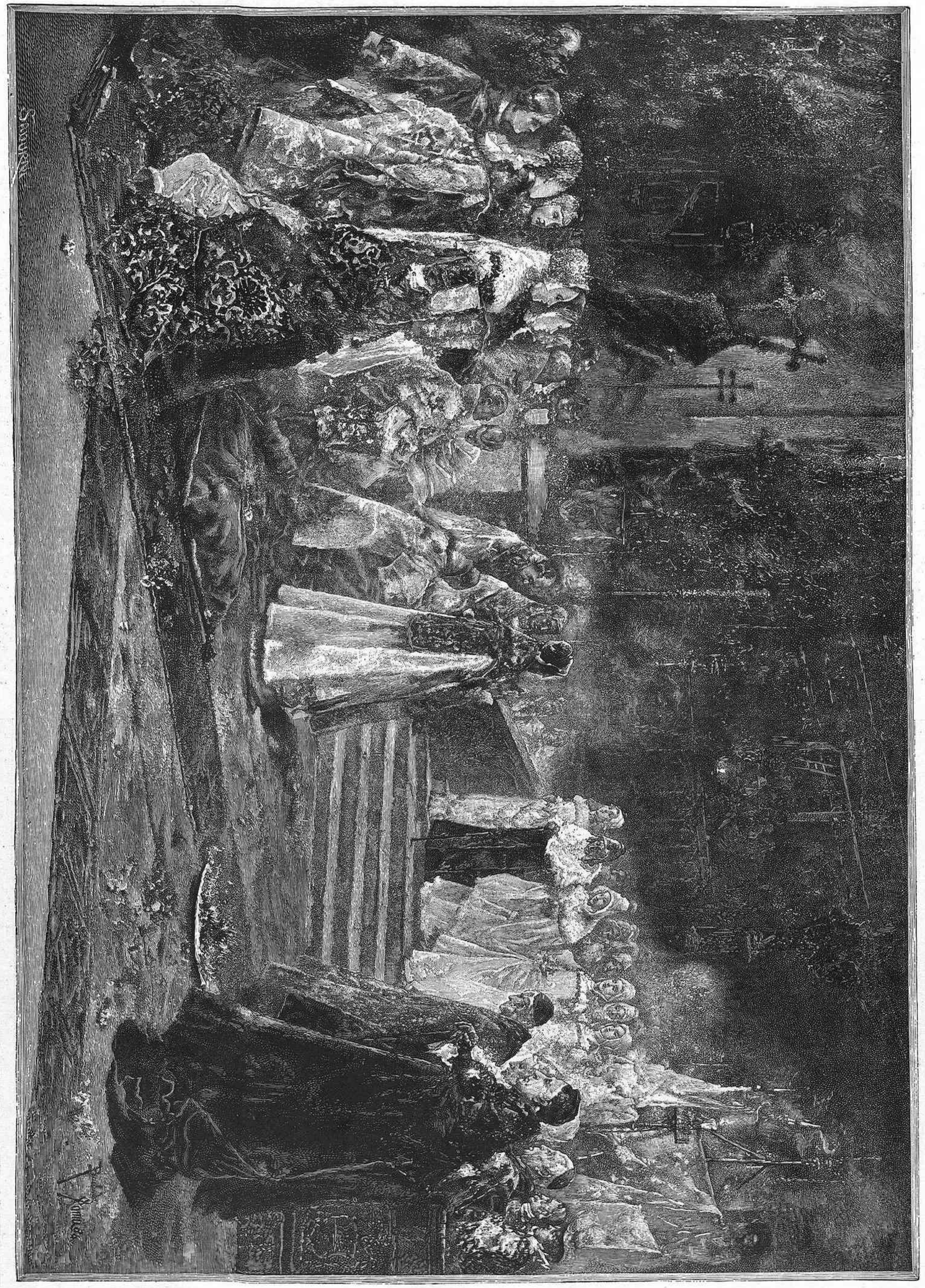
¡Qué cadenciosas piruetas! ¡qué animados movimientos!

Tan pronto cerca, como lejos, precipitándose como saetas el uno sobre el otro aun á trueque de toparse, no bien sus manos se tocaban, no sé qué descarga eléctrica les lanzaba de nuevo hacia atrás.

Y unas veces de frente, y otras de espalda, ora girando á torno, como rápido remolino, ya botando de costado como carneros en pelea, no se daban un punto de reposo, ni el copioso sudor que bañaba sus frentes parecía importarles un bledo. Y mientras tanto, el acordeón precipitaba sus compases, y la pandereta sus redobles, y el vér-

ENTRE AMIGOS, cuadro de Jericke

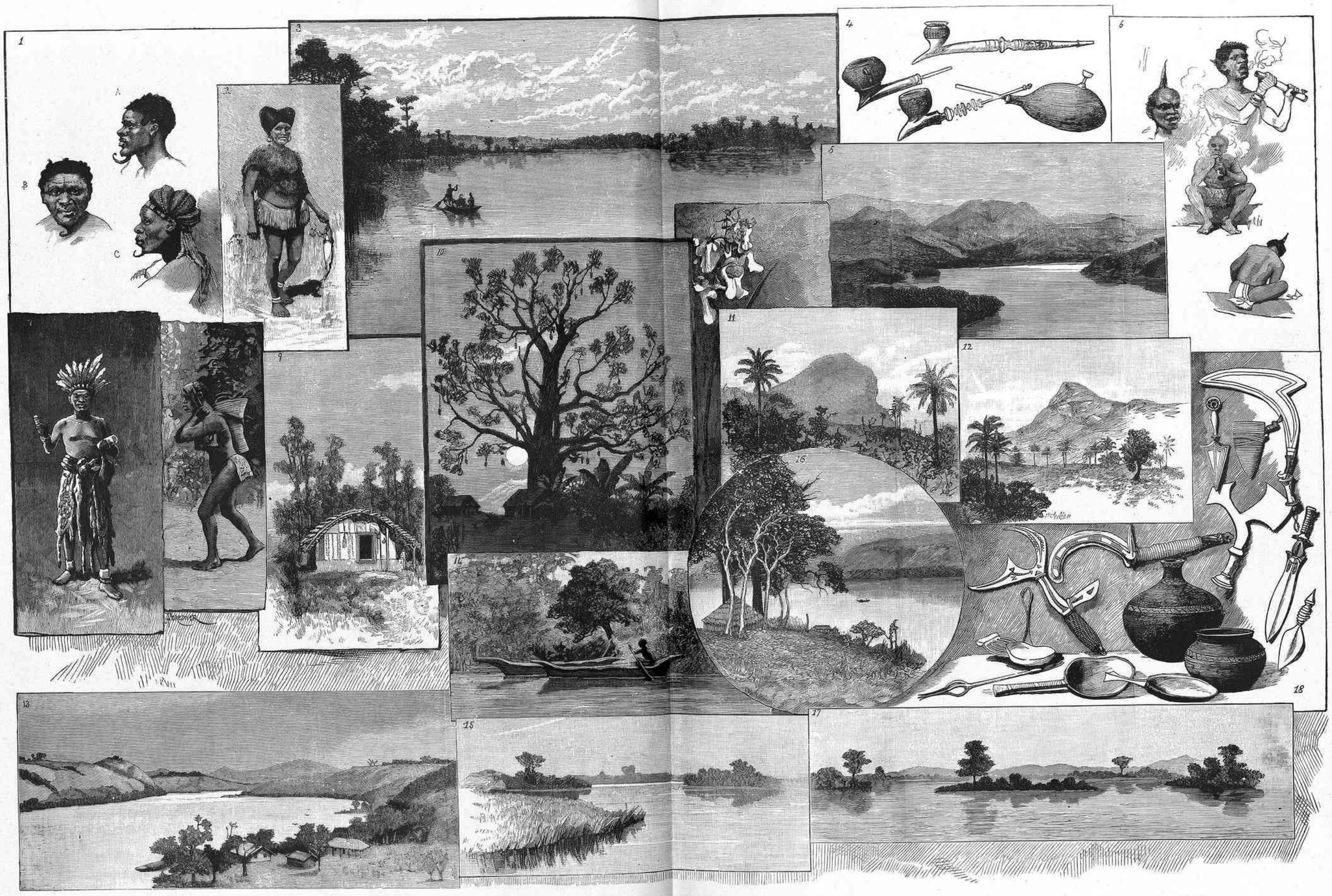
(c) Ministerio de Cultura 2006



BODAS DE ORO (siglo XV), cuadro de S. Sánchez Barbudo

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006



1. (*a*) N'Guma-Ba-Yansi (*b*) Natural de Usindi. 3. Alto Congo, Chumbiri. 5. Vista al nordeste desde Isanghila. 7. N'Ganga Masinga. 9. Casa de Kuta Mundala en Usdunga. 11. Mangwa Bidi, desde la ciudad de N'Lola. 13. Cascadas de N'Tombo en Manyanga. 15. Vista desde Usindi. 17. Frente á Usindi.
(*c*) Tipo de Mabunga. 2. Mujer de Bangala 4. Pipas de madera negra. 6. Indígenas fumando en pipas de cuerno. 8. Mujer del Congo inferior. 10. El árbol Baobab. 12. Mangwa Bidi, desde Kibangwanga á 4000 pies de altura. 14. Puerto de N'Koba. 16. Vista á través del Congo desde Manyanga. 18. Vasos cuchillos, cucharas, etc., en el Alto Congo.

BOSQUEJOS EN LAS ORILLAS DEL CONGO

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006

LA ADORACIÓN DE LOS MAGOS, cuadro de J. Schrader.

(c) Ministerio de Cultura 2006

tigo se apoderaba de los bailadores y del público que reía, gritaba y palmoteaba entusiasmado del donaire de los chicos y de sus actitudes de faunos y de bacantes clásicas.

Y cuando una pareja caía jadeante sobre el banco y con delantales y sombreros se abanicaban *radicalmente*, otra pareja saltaba alegre á la arena y el baile continuaba con creciente ardor. El sol, entretanto, seguía haciendo de las suyas. Ya se había retirado el sombrajo y corrídose sobre el muro; ya iluminaba en pleno un trozo de pared recién blanqueada, sobre el que se destacaba por oscuro parte del grupo de campesinos.

Ya no sabíamos qué efecto resultaba más bello, si aquel de entonces ó el que poco antes admiráramos extasiados... y es que cuando Dios se mete á compositor y á colorista... señores, hay que quitarse el sombrero... no cabe más allá.

IV

PERFIL DEL HÉROE

En el rincón más oscuro, apoyado en la mesa con las piernas cruzadas y la pipa en la boca, un viejísimo sombrero de paja echado sobre los ojos y un brazo en cabestrillo, había un hombre como de 50 años, con la barba gris, larga é inculta, el aspecto descuidado y la actitud indiferente.

Sus facciones, quemadas del sol, su figura angulosa, la torva mirada de sus ojazos negros, profundos y observadores, recordaban el aquí popular tipo del *búttero*, mixto de pastor y bandolero, que pasa su vida solitario en medio de la misteriosa campiña romana guardando toros y caballos salvajes, y, acaso, desbaljando pasajeros; galopando día y noche por aquellas llanuras, sobre escuálido fementido potro, cuya piel recuerda las que, por largos años, sirvieron de forro á baul castellano; con el lanzón en ristre, el sombrero puntiagudo en la cabeza y lo mejor del traje hecho de cueros y hebillas... como en la época feudal... como en la época romana... como poco después de Adán debió ser moda.

Este extraño ser no teme las miasmas emponzoñadas de la fiebre, antes bien, éstas parecen constituir su mayor encanto; entre ellas vive, en un montón de hoja seca, al pie de un acueducto, entre las fétidas junqueras hace su lecho; es libre como el árabe del desierto, y como éste reservado y misterioso... y cuando las inglesas y los ingleses, tudescos y otros bárbaros del Norte lo hallan á su paso... al anochecer... surgiendo como aparición del fondo de una ladera, dibujando en el cielo su enérgica, ascética *silueta* y desapareciendo muy luego... al galope de su escuálido jaco, sienten miedo en el corazón... vienen á sus mientes mil historias tremendas de Borgias y de Bernardotes.

El *búttero* y la corneja son los genios siniestros de esos desiertos campos, de esas grandiosas ruinas, y aquel hombre de la viña, como el búttero que me recordaba siniestro también, lo mismo podía ser un pobre de solemnidad que un filósofo, lo mismo un bandido que un príncipe disfrazado... acaso todo junto.

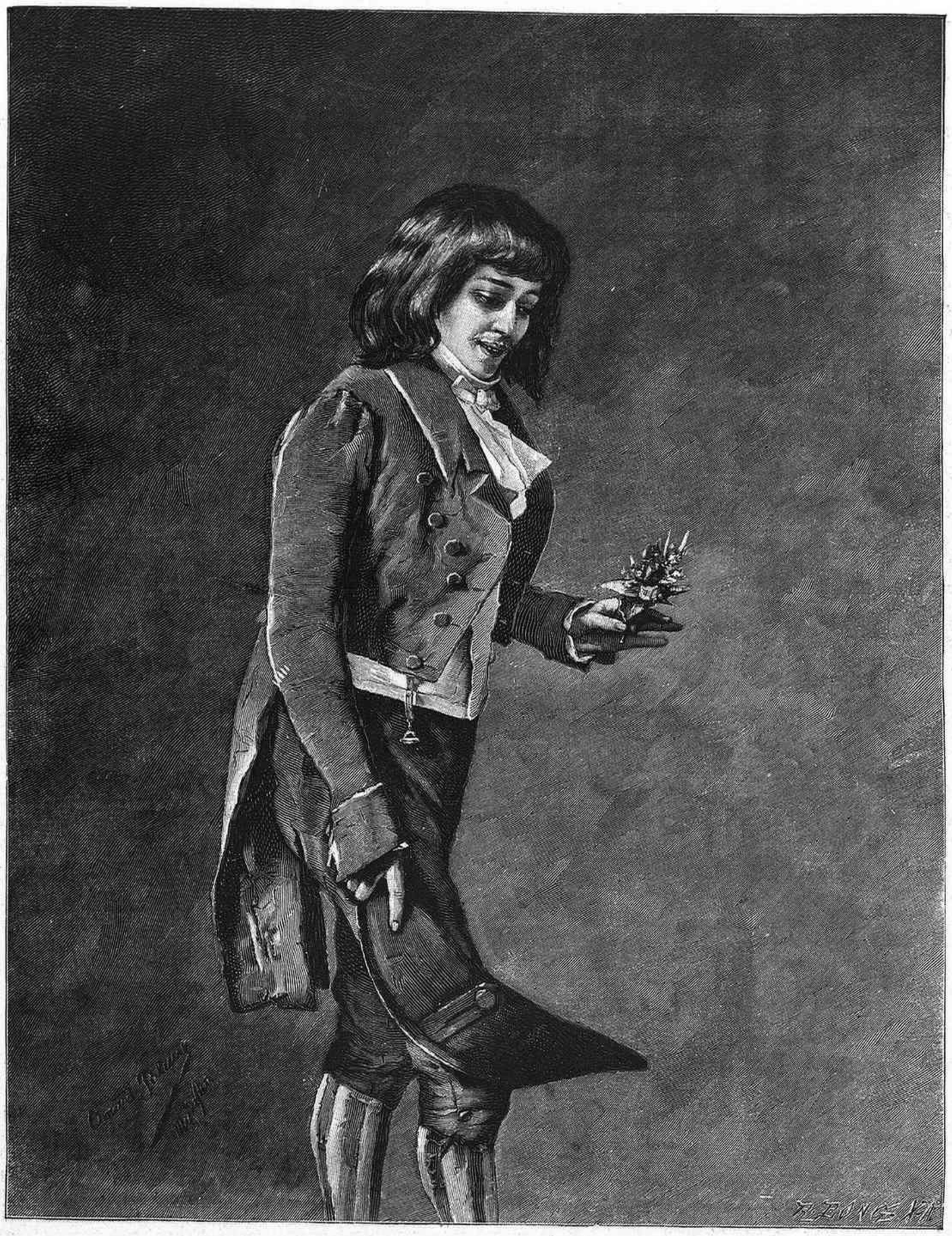
En su mirada se leía claramente la indiferencia, acaso el fastidio, pero en manera alguna el apocamiento ó la clorosis moral.

. . . . . .

Nos dijeron que era el dueño de la viña. No volvía de mi asombro... todo, menos ésto, me hubiera figurado. ¡Propietario aquel tipo inteligente de hombre libre! ¡Cosechero y tabernero, como cualquier palurdo, aquella especie de águila prisionera!... Imposible.

. . . . . .

Nos fuimos á la mesa donde estaba á beber un litro del vinillo clarete, y con mucha cortesía le pedimos permiso para visitar la viña y pintar en ella.



LA JUVENTUD DE NUESTROS ABUELOS, cuadro de Osvaldo Pelunk, de Munich

– Bueno, – nos contestó con indiferencia, – pintad cuanto queráis, – y siguió fumando su pipa sin parecer interesarse lo más mínimo en nuestra conversación. Cuando le preguntábamos algo, ó nos contestaba con monosílabos ó no contestaba. Sin embargo, cuando Enrique paladeando el vino dijo con la mayor flema, y como si estuviese muy convencido: – No es malo este vinillo, – se sonrió maliciosamente y dijo á su vez:

– Pues qué, ¿queríais que no le echase agua para que estos imbéciles, que se achispan en un tres por dos, me armaran cada día unas Vísperas Sicilianas? – Luego se marchó para cortar motivo de conversación y nosotros finalmente nos entregamos al trabajo con el entusiasmo más ferviente. Enrique no pudo resistir al capricho de pintar uno de aquellos interiores prodigiosos; y yo me dediqué á un trozo de viña fresco, florido, lleno de fragmentos de arte con cipreses en el fondo y entre ellos asomada la torrecilla original de una iglesia bizantina.

Las sombras eran violetas; los claros de la tierra rosados. Los pámpanos parecían milagrosos. En la *gamma* riquísima de colores que brillaban en mi paleta de paisajista, no había notas bastante claras, ni bastante transparentes para pintarlos. Todo era luz rota, vibraciones luminosas, fantasías de colores. Aquello era pintar música y aromas...

Y mientras tanto seguía la otra música – la del baile – alegre como la risa de un niño, y el ambiente era tibio y el celaje divino.

En tales condiciones el trabajo no podía menos de dar resultados.

¡Qué tarde para un artista!... ¡qué encanto el de sentirse vivir en medio de tanta fresca juventud, sin más pensamientos que el de reproducir aquella naturaleza elegantísima, viviendo del segundo presente, de actualidad, como el pájaro en la rama... sin ayer, sin mañana... sin luego siquiera... con el mundo limitado por el horizonte visible... aspirando por todos los poros del cuerpo y del alma la belleza del sitio, la belleza de la hora presente...

De vez en cuando el *padrone* se acercaba á nosotros y seguía con interés por largo rato, con inteligente mirada, el trabajo de nuestros pinceles. Parecía como si fuera á decir algo, pero no decía nada.

Cuando nos vió recoger los bártulos y disponernos á partir, nos dijo:

– Pueden, si gustan, ver mi casa de Polión. – Y añadió con cierta amargura: – Lo que queda de la casa de Polión, después del desastre.

Por el caminito que nos indicó tomamos. Al pie del alto muro de las Termas que corresponde á Oriente, en el fondo de una profunda cortadura como de 30 metros, vimos en efecto las ruinas de una hermosa casa romana, con su pórtico de columnas, pedestales sin estatuas, sus Hermés y frescos romanos medio ocultos por la zarza y la hiedra; el todo sumergido en agua, juncos y mimbreras.

Cantaban las ranas.

Aquellos eran sus dominios.

Allí estuvimos largo rato observando. Del fondo de la sima se elevaba una atmósfera de humedad, febril, fría y melancólica. De repente tuve como una revelación.

Yo conocía aquella casa. La había visto otra vez, en otros tiempos, pero de muy distinta manera. ¿Cuándo? ¿Cómo?

Poco á poco acudió á mi imaginación la memoria de los hechos... me remonté 20 ó 25 años atrás... recordé una tarde de mayo; profusión de damas elegantes y caballeros... trenes lujosos... una música militar, los acordes de una marcha real extranjera... una emperatriz... un rey... princesas... caballerizos... guardias... cardenales; un jardín, unas excavaciones... un caballero que hacía los honores de la villa... Un caballero alto, moreno, de mirada de águila... sí, no había duda... era el mismo; era el mismo tipo de *búttero* medio caballero, medio brigante... el cosechero de la viña... el propietario que no tenía trazas de propietario... ¡el desgraciado silencioso manco!

Mi curiosidad, ya muy excitada, se excitó aún más con estos recuerdos que velozmente iba comunicando á Enrique.

Volvimos á buscar el *padrone*.

Estaba sentado sobre un fuste roto.

A su lado sobre un trozo de mármol había un montón de calderilla, la calderilla de los *ciociaros* que se retiraban cantando alegremente.

La masa oscura del antiguo pórtico de color de bronce se destacaba vigorosamente sobre un cielo de apoteosis en rojos, oro y violeta.

Las líneas de la viña se borraban rápidamente. En cambio los cipreses parecían crecer con las tinieblas.

La viña tenía entonces aspecto de cementerio; las aras de tumbas.

Las ramas de las rosas del muro, destacadas sobre el cielo, parecían restos con encaje negro.

– Caballero, – le dije, – ¿con que es V.? ¡y yo que no le había conocido!

– ¡Cómo conocerme! ¡hace ya tantos años que soy labriego!

Y luego, leyendo en nuestras fisonomías una profunda curiosidad, nos indicó con un gesto de gran señor los fragmentos de antigüedades que rodaban por el suelo y añadió:

– Eso es todo lo que me resta. Mis sueños de oro quedaron pulverizados como esos mármoles.

. . . . . .

He aquí la historia que con frase breve y concisa y sabor de amargo humorismo, nos contó aquel hombre.

LUIS DE LLANOS

(Continuará)

(c) Ministerio de Cultura 2006

MARINO FALIERI

NOVELA HISTÓRICA

I

La civilización moderna, que, por medio de sus prodigiosos inventos, ha puesto en contacto los pueblos y hecho común la vida social, va borrando las fisonomías locales de tal modo que apenas se distinguen las nacionalidades. Hoy, por ejemplo, puede viajar un español por toda Europa adaptándose perfectamente al modo de ser de los países que visita, á lo menos en las relaciones de la vida pública.

Pero allá cuando Venecia era una gran república, y república nobilísima, aristocrática, con su rey y todo, bien que el rey de Venecia no se llamara más que dux, ningún pueblo se parecía á otro, y Venecia, sobre todo, ostentaba con orgullo una fisonomía especialísima.

Sus costumbres privadas, sus trajes, sus juegos y regocijos públicos tenían un sello de originalidad pintoresco y bello, que en vano se hubiera buscado en las fiestas de los demás países; pero su carnaval, con su movimiento, con su ruido, con su júbilo, con su fausto, con todos sus excesos de sabor completamente pagano, era la primera fiesta del mundo católico, y todavía resuenan los ecos de su fama en las sinuosidades de los pasados tiempos.

De todos los puntos de Europa iban hombres de pro á visitar en sus tres días y medio de bodas á la reina del Adriático, que los recibía á todos con los brazos abiertos, sin distinción de edad ni estado, que si unos eran viejos como los cardenales de la Santa Iglesia Romana, otros eran jóvenes como los príncipes de Austria y los duques grandes y pequeños de Italia, Alemania y Francia.

«Hay, – dice Julio Janín, – una desgraciada ciudad llamada Venecia, que después de haber adquirido un nombre glorioso por medio de sus armas, ha venido á crearse de caída en caída un nombre célebre con su carnaval. En otro tiempo acudían de todas partes de Europa al carnaval de Venecia. Aquello era una locura, una licencia, un júbilo desenfrenado, una prostitución universal: duelos á espada, cortesanos de todas partes y de todos colores...

»La ciudad en aquel tiempo no tenía más comercio que vender pomadas, esencias y encajes. Los más nobles herederos de los magistrados de la República de oro, no tenían más ocupación que el juego, el galanteo y la orgía. Era, en verdad, un lastimoso espectáculo el de toda una ciudad entregada á la prostitución.»

El moralista habla de la Venecia decadente, y en todas las decadencias hay este fondo de corrupción tapado con flores más ó menos mustias; no habla de la ciudad joven, del pueblo valeroso, de la república pujante y floreciente.

En esta primera edad las costumbres eran, si no rígidas ni acaso correctas como en el imperio de Austria, conformes á lo menos con la virilidad de un pueblo emprendedor y valiente y con la seriedad de su alta magistratura, que necesariamente había de dar el tono á aquella sociedad.

Sólo se permitía entonces cierta licencia de tres días y medio de carnaval, incluyendo su invasión ó incursión en el miércoles de ceniza. Mas, por ventura, ¿no se extendía esta licencia hasta el domingo de *pignata* en la misma Roma, con ser la residencia del Papa?

El carnaval fué siempre una especie de paganismo cristiano, sancionado por el tiempo, y aunque prediquen contra él frailes descalzos, no hay ciudad cristiana ni menos católica, apostólica y romana, donde no se celebre el carnaval, siquiera con una mascarada, siguiendo una tradición inmemorial.

Pero el carnaval de Venecia fué en sus buenos tiempos el arquetipo del género, por decirlo así, si no por su antigüedad, por su belleza, por su alegría, por su embriaguez de amor... y de Chipre también, dicho sea en honor de la verdad.

A esta época de las buenas costumbres de Venecia se refiere nuestra historia; historia que comienza en una broma de carnaval, en una comedia y acaba en una tragedia; ó más claro, aunque quitemos el interés de la sorpresa á la catástrofe, historia que empieza en un baile y acaba en un cadalso.

LA JUVENTUD DE NUESTROS ABUELOS, cuadro de Eduardo Blume, de Munich

II

El dux de Venecia daba, según costumbre, el primer baile de carnaval en su palacio de los Santos Apóstoles.

Para hacer dignamente los honores de la casa, honrándose á sí mismo y á toda la dorada aristocracia de la república, reunida aquella noche en sus magníficos salones, vestía el anciano dux su traje de ceremonia, que era de púrpura, de brocado y armiño, y el *cuerno*, como se llamaba por su forma una especie de tocado ó gorro medio frigio, resplandeciente de pedrería.

Y, cosa al parecer extraña, una matrona, que no era su esposa, y fuera ya de combate por su edad como el octogenario dux, la esposa del presidente de los Diez, hacía con él los honores, formando una pareja tan respetable como igual.

Pero no era sino una broma de carnaval. La esposa del dux, joven de diez y siete años, no quería descubrir su hermosa cara sin haber dado y recibido antes alguna broma entre tantos y tan decidores galanes, ansiosos también de darla y recibirla; y confiando su papel á la anciana, con anuencia de su esposo, conservó su antifaz para divertirse un rato libremente como una de tantas máscaras.

Conseguido su inocente objeto, hizo el dux una señal, y Agustina Loredano, como se llamaba su joven y bella esposa, se quitó el antifaz.

El respetable presidente de los Diez le dió entonces el brazo, y acompañándola cerca del dux, hicieron cambio de parejas.

El dux con su esposa dió un paseo por el salón principal, y todas las máscaras fueron descubriéndose, saludándolos á su paso hasta que volvieron á su lugar de preferencia.

La orquesta anunció luego una nueva danza, y no bien la hubo anunciado, cuando un mozalbete enteco y feo, disfrazado de diablo, se acercó apresuradamente á la hermosa Agustina solicitándola para bailar.

La duquesa, que como recién llegada á Venecia, no lo conocía ni de trato ni aun de cara, lo miró de arriba abajo, y no creyendo aceptable la pareja de un mozo tan feo de suyo, y luego vestido de diablo, se creyó dispensada de grandes cumplimientos, y, aunque sonriendo, le contestó concisamente:

– No puede ser.

– ¿Por qué? – se atrevió á preguntar el resuelto joven.

– Porque ha de romper el baile con el señor presidente de los Diez, – se anticipó á contestar el dux.

– ¡Ah! Como la había visto bailar con otros cubierta...

– Pero ya está descubierta.

– Es decir... que no puede ser.

– Como no os ceda su derecho el señor presidente...

– Voy á solicitarlo

Y el diablo fué y volvió muy luego con el presidente.

– Señor dux, – dijo éste, – tengo el honor de presentaros á Paolo Farini, hijo de un Cuarenta, amigo de los dos.

– ¡Ah! Muy bien recibido, – contestó el dux inclinándose ante el joven, que sonreía con diabólica expresión.

Y añadió el presidente de los Diez, dirigiéndose á Agustina:

– Hermosa duquesa, si me permitís que ceda mi derecho á...

Agustina no le dejó concluir.

– ¡Oh! sería un desaire que no os perdonaría, – dijo sonriendo siempre.

– Entonces, – dijo el presidente, dirigiéndose á Paolo, – no puedo hacerte el favor que con tanto empeño has solicitado de mí: antes que contigo, quiero estar en gracia con la duquesa.

– Otra vez será, – dijo el dux.

– Pues no os comprometáis para la danza siguiente, – replicó el porfiado diablo, – porque volveré á solicitar la misma honra con mayor empeño.

– En hora buena, – contestó Agustina resignándose.

Paolo se inclinó profundamente y se retiró.

Al entrar en un salón de descanso, un grupo de jóvenes, que desde la puerta habían estado en observación, se echaron á reir á carcajadas.

– No hay que reirse, carísimos, – dijo Farini.

– Es verdad, – contestó uno de los otros; – hay que llorar más bien sobre tus ruinas.

– Ni que llorar tampoco.

– Has perdido la apuesta.

– La apuesta está en pie.

– Hemos presenciado el desaire.

– Nada de eso, carísimos: tenía la hermosa un compromiso anterior y superior, un compromiso de mera etiqueta, y me ha reservado para segundo turno. Y ahora que la he visto de cerca, apuesto doble contra sencillo. Bailaré con ella y... haré la conquista.

– Mucha seguridad es.

– Tengo muy buen ojo.

– Y ¿qué has visto para tal y tanta confianza?

– Todo cuanto hay que ver, que se reduce á un solo dato.

– Sepamos, – dijeron los otros rodeándolo.

– No es posible, carísimos, – repuso el diablo, – no es posible que una mujer tan joven como hermosa, tan her-

(c) Ministerio de Cultura 2006

mosa como ardiente, con tales estrellas por ojos, se resigne al amor de su tatarabuelo; porque teniendo el dux ochenta años, y ella quince ó diez y seis ó diez y siete á lo más, bien pudiera ser tataranieta de su augusto esposo.

Una carcajada unánime celebró el chiste del casquivano galán.

– ¿Vamos á restar algo de esa suma de años? – dijo otro de ellos, que tenía también su aire picaresco.

– ¡Bah! – exclamó Paolo con desdén: – año más ó menos, no es una resta que haga variar el cálculo. Puedes con mi beneplácito restar hasta veinte años, siempre queda un bisabuelo. No es un rival; es un... carcamal.

Otra carcajada unánime suplió los aplausos que pedía este otro chiste.

– Oyeme, – repuso el otro, – óyeme, que con tan buen ojo te ha escapado un dato interesante.

– ¿Qué tienes que decir de esa doncella?

– No es doncella.

– Viuda.

– Ni viuda.

– Ya sabemos que es la esposa del dux.

– Tampoco.

– Entonces ¿qué diablo es?

– Voy á explicarme empezando por tus mismas palabras. ¿Crees que una mujer tan joven como hermosa, tan hermosa como ardiente, con tales estrellas por ojos, se resigna al amor de su tatarabuelo?

– Ya he dicho yo que no.

– Y esa es la verdad.

– Verdad matemática.

– Y ¿crees que teniendo en casa un sobrino del dux, muy buen mozo por cierto, es la joven duquesa esposa de su tatarabuelo?

El diablo se llamó al interior, mientras cundía la hilaridad por el grupo, aumentado ya con otros amigos, celebrando todos la sutil intención del maldiciente.

– Yo tenía entendido que era hermano suyo, – dijo uno de los recién llegados.

– No, – contestó el que tenía la palabra; – es primo... quiero decir sobrino, sobrino del duque... como que ella es Loredano y él Falieri como su tío.

– Estás muy enterado de esas relaciones de familia.

– Como que me hallaba en Roma, de donde es la Agustina, cuando se casó con el hoy dux y entonces embajador de nuestra república en la corte pontificia. Pues bien, una de las alhajas que el anciano Marino Falieri aportó á su matrimonio fué... su sobrino Fernando, mozo muy gentil de su persona, mejorando los presentes.

– En buen hora, – dijo Paolo rehaciéndose. – Sea de ello lo que quiera, no desisto de mi empeño.

– Luego hemos de restar siquiera un cuarto de siglo del tatarabuelo.

– Todo eso quiere decir que ahora tengo en frente de mí un marido y un amante. Mejor; así será el triunfo más glorioso. Queda la apuesta en pie. Señores, quedáis todos convidados á una gira en la isla de *Chioggia* el miércoles de ceniza. Pagará el que pierda.

Muy luego preludió la orquesta otra danza.

Paolo Farini se apresuró á ofrecer el brazo á la duquesa, que aceptó con triste sonrisa de resignación.

Hay presentimientos.

Agustina sentía antipatías invencibles hacia aquel enemigo de su dicha, muy bien vestido de diablo.

Y rompió la orquesta y luego el baile.

A favor del ruido de la música, de los pasos y paseos de la danza, de las bromas y risas, el diablo se despachó á su gusto.

Agustina, seria ya, quiso tenerlo á raya, cuando no bastó la indiferencia ni el desdén, y le ordenó respetarla.

El temerario galán insistió en sus pretensiones.

Aprovechando entonces la duquesa el paso de un desconocido:

– Caballero, – le dijo, – tened la bondad de acompañarme á mi sitio; me siento indispuesta.

El caballero le dió el brazo y la acompañó á su sitio, quedando Paolo corrido de un desaire tan público y manifiesto.

III

Un momento después se hallaba Paolo Farini con todos sus amigos en la sala del refresco procurando ahogar en Chipre su despecho.

Se reconocía vencido, derrotado, y quería reparar sus fuerzas, acaso para volver á la carga.

Y apuró una copa y otra y otra copa, no sin brindar por el amor, que era uno de sus númenes, aunque tan mal parado le dejara poco antes.

Reparadas sus fuerzas, que era lo primero, quiso también consolarse, y buscó su consuelo en las mujeres, que era no salir de su círculo vicioso. Y dentro de este círculo, que era su terreno, echábales con sin igual desenfado requiebros, flores, dulces...

Los chistes se sucedían unos á otros, ya alegres, ya patéticos, aplaudidos siempre con ruidosas palmadas y celebrados con no menos ruidosas carcajadas.

De pronto se acalló el ruido.

CECILIO NAVARRO

(Continuará)

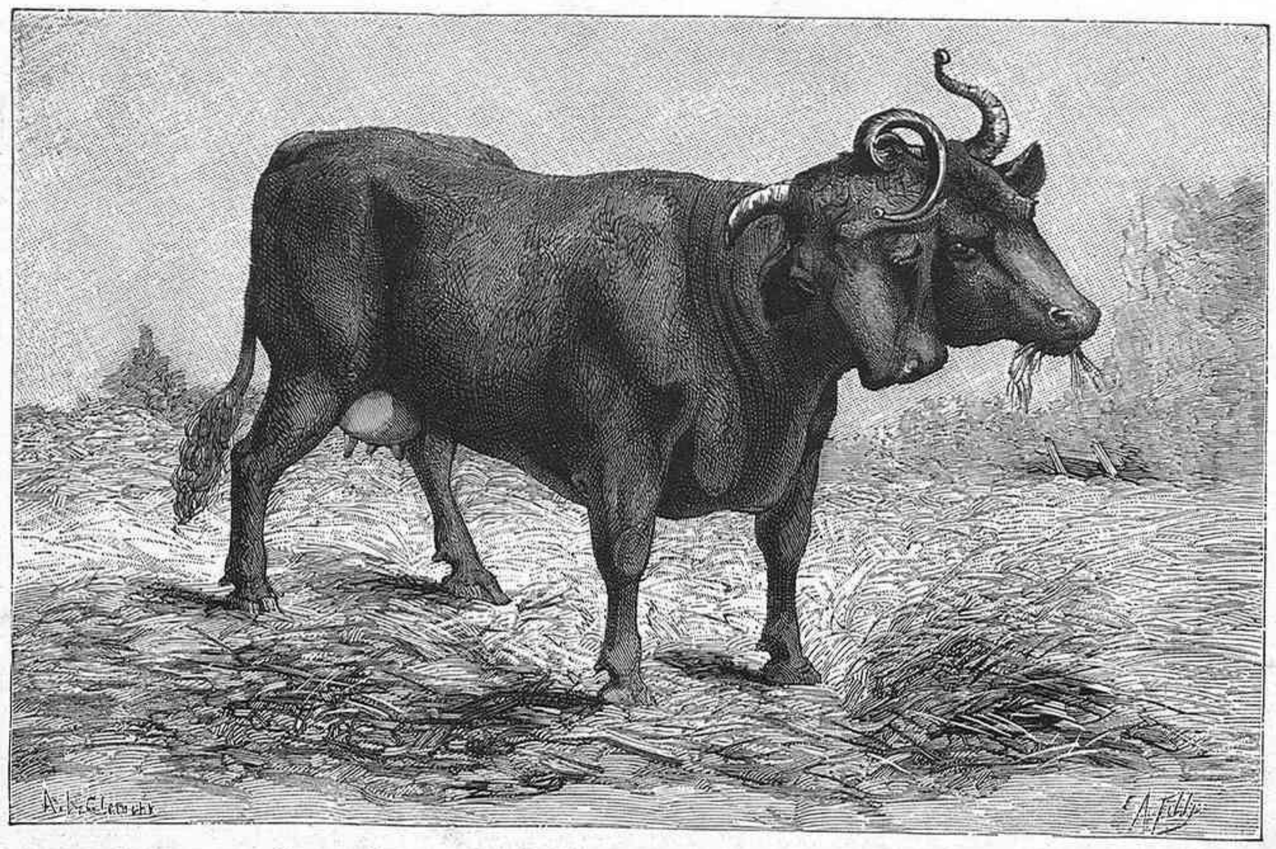


Fig. 1. – Vaca adulta de dos cabezas, exhibida en los Estados Unidos

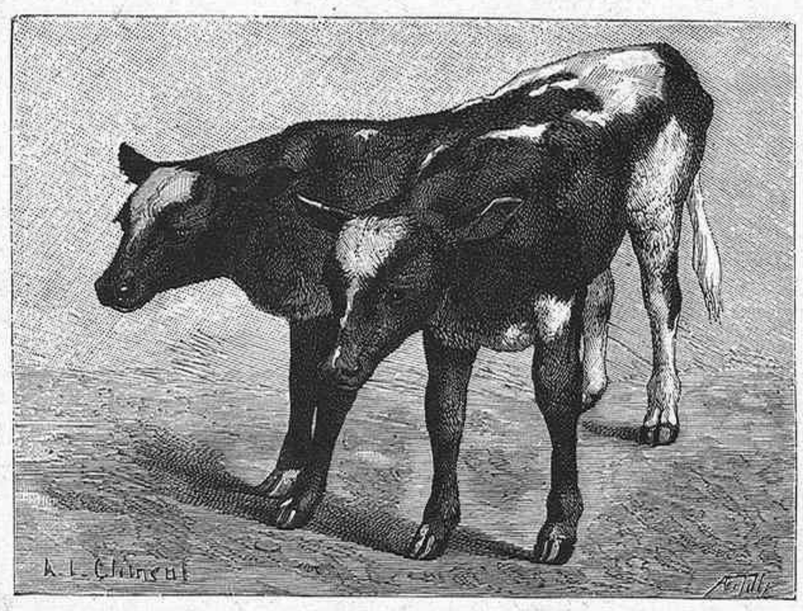


Fig. 2. – Ternero de dos cabezas, nacido en Bunangues, distrito de Ambert (Puy-de-Dome)

LOS TERNEROS DE DOS CABEZAS

Dos monstruos dobles autositarios

Gracias á numerosos estudios, los anatómicos han demostrado el hecho capital de que las organizaciones anómalas y monstruosas son tan regulares como las normales, aunque la estructura esté basada en planos diferentes. Esta regularidad ha permitido á Etienne y á Geoffroy Saint-Hilaire establecer una clasificación natural de las anomalías y de las monstruosidades, fundando una ciencia cuyo origen es eminentemente francés: la teratología.

Todos los monstruos conocidos, los más de los cuales se produjeron en animales domésticos, se relacionan con cierto número de tipos perfectamente definidos ó definibles, y así es que cada monstruo que la naturaleza ofrece á nuestros estudios halla al punto su lugar en uno de los numerosos géneros de la clasificación teratológica. En el caso de que el monstruo que se examine presente nuevas particularidades, las cuales exijan para él la creación de un género especial, este último vendrá á intercalarse naturalmente entre dos tipos ya conocidos y descritos.

Si nuestros conocimientos actuales sobre la organización de las anomalías y de los monstruos unitarios y dobles son relativamente extensos, en cambio reina bastante oscuridad aún sobre las causas de su formación; pero como la ciencia contemporánea tiende á probar cada vez más que los fenómenos de la vida se deben únicamente á fuerzas físico-químicas, hay motivos para esperar que el estudio de estas fuerzas nos revelará las causas de la formación de las anomalías y de las monstruosidades.

Por otra parte, el doctor Camilo Dareste ha podido producir artificialmente cierto número de monstruos unitarios, creando así la teratogenia experimental; y si la producción artificial de los monstruos dobles es todavía imposible hoy, estamos, sin embargo, en el camino que puede conducir á su realización. Para facilitar estas investigaciones importa dar á conocer, á medida que se presentan, los casos teratológicos que ofrecen cierto interés, y tal es el objeto del presente artículo.

La figura 2 representa un ternero perteneciente al orden de los monstruos dobles autositarios, á la familia de los Sisómidos y al género *Psodyme*. Este animal nació el 11 de abril de 1887 en Bunangues, distrito de Ambert (Puy-de-Dome), y murió al venir al mundo. Los dos individuos componentes eran normales en toda la parte anterior del monstruo, tanto exteriormente como en el interior, según lo demostró la autopsia; pero los dos pulmones del lado izquierdo estaban más desarrollados que los del derecho. La unión aparente comenzaba desde el ombligo común, y el cordón umbilical era único. No había más que una cavidad abdominal, que contenía á cada lado un estómago é intestinos normales hasta el pequeño colón transverso, donde había una dilatación anómala semejante, á primera vista, á una enorme vesícula biliar. A partir de este punto no se veía más que un solo intestino que terminaba en un ano único. Halláronse dos hígados normales, pero cuyas vesículas biliares estaban casi atrofiadas; dos bazos, de los cuales el derecho presentaba más desarrollo; solamente dos riñones, situados en el lado externo de cada columna vertebral, el izquierdo normal, y el derecho en parte atrofiado; una sola vejiga y un canal uretral único. Las dos columnas vertebrales, muy marcadas hasta su extremidad, terminábase cada cual por una cola. Al nivel de las cuatro últimas vértebras lumbares había adhesión de dos sacros, que parecían no formar sino uno, pero que después de un detenido examen resultaron estar unidos únicamente por un fuerte ligamento cartilaginoso; las apófisis transversas de estas cuatro vértebras no existían.

Cada uno de los individuos componentes de ese monstruo presentaba manchas blancas semejantes en la frente y en los cuatro miembros anteriores.

La *Psodimia* es un género de monstruosidad bastante raro, observado algunas veces en el hombre, en el ternero y en los escualos. Los individuos que presentan este tipo teratológico mueren casi siempre al venir al mundo, ó muy poco tiempo después de nacer; pero conócese un *Psodimo* humano del sexo femenino, nacido en Lorena en 1722, que un mes después de ver la luz disfrutaba aún de muy buena salud y no murió hasta el tercero. Los dos individuos componentes dormían, movíanse y mamaban tan pronto juntos como separadamente.

La *Psodimia* ofrece mucho interés, no sólo bajo el punto de vista fisiológico y teratológico sino también por lo que hace á la sicología; pero desgraciadamente, sólo se puede hacer en esos monstruos muy rara vez el curioso estudio de las manifestaciones síquicas, atendida su poca viabilidad.

La vaca adulta que representamos (fig. 1) es un monstruo doble autositario, perteneciente á la familia de los Monosómidos y al género *Iniodime;* esta vaca de dos cabezas pertenece á la compañía de un circo, que la ha expuesto en América. Según se ve en la figura, solamente la parte cefálica es monstruosa, componiéndose de dos cabezas unidas en las regiones occipitales y parieto-temporales, lo cual ha producido forzosamente la desaparición de las dos orejas del lado interno. La cabeza de la izquierda es la única que funciona, pero cuando trabaja la boca de la de la derecha emite saliva. Sus ojos, en número de cuatro, eran todos normales antes de cierto accidente que ocasionó la pérdida de uno. En medio de la frente de la cabeza de la derecha hay una depresión bien marcada, que corresponde sin duda á otra análoga del cerebro. Tal vez la autopsia de este monstruo permitirá descubrir en otras partes del cuerpo señales de la duplicidad, que en el exterior sólo se ha manifestado en la parte cefálica (1).

La *Iniodimia* es bastante rara, pero se ha reconocido ya en el hombre, en el gato, en el ciervo, el carnero, el buey y el pollo, en una serpiente y en tortugas. Por lo regular los iniodimos mueren en el momento de nacer, ó poco después de ver la luz del día; pero hay casos, como el ejemplo precedente, en que los individuos afectados de este género de monstruosidad alcanzan su completo desarrollo y pueden vivir también tan largo tiempo como los individuos normales.

ENRIQUE GADEAU DE KERVILLE

(1) Los datos y la figura referentes á esta vaca monstruosa se han tomado en parte del *Scientific American* del 29 mayo de 1887.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

BARCELONA. IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

(c) Ministerio de Cultura 2006